

Quizás por ello mismo Martha Senn se ha abierto a otras suscitaciones, desde las canciones de cabaret berlinés de Kurt Weil hasta la musicalización de los poetas colombianos sin olvidar infundirles conciencia ecológica a los niños con su «Cajita de música», donde el irrevocable poder de la creación ejerce su imperio desde la infancia. Encarnando, como debe ser, en heroínas y malos. Tal también el motivo por el cual ha recorrido las zonas en conflicto de Colombia para lograr la sorprendente aleación entre el *Ave María* de Schubert y la letra del argentino León Gieco que proclama, una vez más:

«Solo le pido a Dios/ que la guerra no me sea indiferente/ es un monstruo grande y pisa fuerte/ toda la pobre inocencia de la gente./ Sólo le pido a Dios/ que el dolor no me sea indiferente/que la reseca muerte/ no me encuentre vacía y sola/ sin haber hecho lo suficiente».

No se ha quedado vacía y sola sino que ha luchado con denuedo. Al crecer en la batalla interminable contra los lobos de piel de oveja que dicen defender la cultura y sólo la usan para sus pequeños intereses parroquiales, contra los funcionarios diplomáticos que obsesionados por el escalafón de su carrera han eludido milagrosamente cualquier contacto con el arte, o contra los aduaneros de todo el mundo que ladran ante cualquier pasaporte colombiano. Este es también un libro de combate para defender lo que ama y denunciar a los hipócritas que nunca hacen nada y luego aplauden. Pero no se queda en ello pues también sabe de la dulce dignidad con que el poder consolador de la música no apacigua sino intensifica la percepción de quienes al ver cómo todo se les niega no encuentran en ella compensación sino energía y fuerza para mirar de frente a la muerte y resistir erguidos. Como lo dijo George Steiner en *Presencias reales*: «Creo que la modulación de la música resulta esencial en nuestra aprehensión y sufrimiento de la muerte. Sin las verdades de la música, ¿cuál sería nuestro déficit de espíritu al caer el día?»

De María Callas a Bárbara Hendricks, pasando por las divas que Proust volvió a inmortalizar en su novela, el mundo de las cantantes líricas tiene hoy, como ayer, una aureola de leyenda. De magia e irrealidad, que alude a un pasado mítico, de dramáticas pasiones, acordes quizás con las heroínas que representan, trémulas y desgarradas. Algo de todo ello también se asoma aquí, donde Hegel es vencido por los elixires del amor, o el ruiseñor encantado nos arrastra fuera del lecho, presos del embeleso de su canto. Esos toques de experiencia certifican la verdad de este libro.

Martha Senn combina así la intensidad de una ménade poseída por las furias de la música con la equilibrada armonía interior de quien ya ha hecho

suya la lira de Orfeo y la comparte con quienes merecen ese don. Veinte años de entrega profesional a la música han vuelto ese volcán interno un cauce armónico que ahora, en estas reminiscencias, nos confirma la intensa precisión con que una vez femenina, sensible y exacta, vuelve a edificar ante nosotros su vida con tanta pasión como indudable humor. Este libro es también un valiente acto de coraje expresivo.

Reynaldo Hahn, el venezolano francés que fuera amante de Marcel Proust y terminara sus días dirigiendo la Ópera de París dictó entre 1913 y 1914 unas valiosas conferencias que luego publicaría en libro con el título *Del canto*. Dijo allí: «La melodía representa en el canto el elemento sobrenatural que da a la palabra ese algo más de intensidad, de fuerza, de delicadeza, de poesía, de encanto o de misterio, por medios que escapan, al menos en parte, al análisis, y a cuyos encantos nos rendimos sin que podamos explicarlo. La palabra, en cambio, cargada de sentimiento y de pensamiento, comunica a la melodía una significación, tiene una acción directa y precisa sobre el espíritu y el corazón. Si entre la palabra y la melodía hubiese una que tuviera que dominar, no se discute que sería la palabra».

El legendario debate entre la melodía y la palabra, bien puede replantearse ante el texto de Hahn, vertido al español por Valentina Marulanda. Pero estas memorias musicales, estas notas sin aparente pentagrama, logran fundir las dos, palabras y melodía, para dibujarnos el perfil de una artista íntegra. Para llevarnos, como diría el poeta Ruben Darío, a ese reino encantado donde impera el Hada Armonía.

Las memorias de Martha Senn: *Notas sin pentagrama* fueron publicadas por Villegas Editores de Bogotá con prólogo de Álvaro Mutis.